

table ardor de la acción una parcela de su ancha capacidad intelectual, aunque el conjunto siga siendo sólo convincente en el plano de las ideas y que la elección de los caracteres parezca un tanto abstracta, por no decir convencional (arqueólogos ingleses *típicos* con almas tiradas a cordel), pero que, no obstante, resultan idóneos para que Laín Entralgo exprese con claridad que si en la convivencia humana el conflicto no puede no existir, la coexistencia entre hombres es algo más que conflicto y que «la vía regia para la resolución del conflicto y para la conversión de la camaradería en amistad, en precaria amistad, es la confianza, y más aún cuando ésta tiene por materia los contenidos de nuestra intimidad que de alguna manera y en alguna medida son para nosotros «vergonzosos». Campo tan diáfano como inflexible. Para desarrollar la idea o el contenido esencial, Laín no ha hecho muchas concesiones tendentes a desvirtuar la acción compleja y relativa de la realidad «real», no artística. Sin embargo, estimo oportuno señalar una concesión importante: todo el carácter de sir Philip, su amor proclamado y jamás «visto», su negativa a conocer el pasado de Diana. La reacción de sir Philip es la que motiva la progresión de la tesis, que debería haberse sustentado sobre un planteamiento radicalmente complejo, más atormentado, menos lineal, razones éstas que no eliminan la veracidad de la idea primordial, antes al contrario, la afirman, y tienen la virtud de «representar» vivamente, con el necesario énfasis dramático, el notable hallazgo de que los demás no son sólo el infierno, sino que son una cambiante posibilidad. De todas formas, yo prefiero a un Laín «con idea», armado de previos esquemas filosóficos encaminados a clarificar el mundo y a establecer cuatro—o mil—ideas fijas que sirvan, a un hábil dramaturgo que se conozca a la perfección todos los trucos de la mecánica escénica, esa cosa en cierto modo baladí que entendemos por leyes del espectáculo, y que luego, penosamente y con harta confusión, tenemos que vincular al cuerpo general de la historia de las ideas, que es, en definitiva, lo que más nos importa para aspirar al entendimiento. Y a la novedad.—

EDUARDO TIJERAS.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN: *Moral y sociedad (La moral social española en el siglo XIX)*. Ed. «Cuadernos para el Diálogo». Madrid, 1966.

*Moral y sociedad* es un trabajo surgido en el Seminario de Humanidades de la Sociedad de Estudios y Publicaciones; en su día, lecciones de un excepcional cursillo, hoy es un libro lleno de interés por su amenidad y el acopio de lecturas que deja traslucir; se resiente, sin

embargo, de su origen, por una cierta falta de elaboración en alguna de sus tesis.

«La historia ejerce siempre una función política», dice Aranguren. «Toda interpretación histórica se hace siempre desde la actualidad.» Así, expresamente, el libro está escrito desde una perspectiva y con unas preocupaciones actuales, y por lo mismo resulta apasionado y polémico. Aranguren es un español comprometido y su obra lo es también; el tema mismo, el XIX español, exige definirse personalmente. Y la visión es necesariamente subjetiva: «la historia es *magistra vitae*, sí; nos enseña... lo que queremos ver en ella», concluye acertadamente Aranguren.

*Moral y sociedad* es un estudio sobre la historia sociomoral de un país; no la historia de las ideas, ni siquiera de las ideas morales, sino de las formas sociales de vida, de los comportamientos efectivos; las ideas se toman en consideración en tanto en cuanto influyen en éstas. «El presente trabajo pretende ser más bien una aportación a la sociología histórica que a la historia del período a que se refiere; es decir, pretende estudiar *estructuras sociales* o *eticosociales*, más que acontecimientos. Estructuras, en primer lugar, *mentales*, y también estructuras *institucionales*, en cuanto constituyen la objetivación, la cristalización o condensación de aquéllas»... «Estas estructuras constituyen una 'esquemmatización' de la realidad, una 'formalización' del flujo de los hechos, una 'invención' de *modelos* —el modelo 'ilustrado', el modelo 'romántico', el modelo 'moderado', etc.— que nos permitan captar y retener el sentido de los acontecimientos.»

Sin embargo, si el libro no es propiamente de historia, Aranguren dedica el capítulo III a definir su concepción de la historia: la «gran historia» política, la «petite histoire» plástica, la historia de la cultura o de las ideas y «la llamada concepción materialista de la historia» son unilaterales y es precisa una visión «total», en la que se tengan en cuenta los factores económico, social y político como condicionantes de los «mores» o formas de vida. Frente al «marxismo vulgar» economicista, Aranguren afirma que lo económico «no lo explica todo sin más», que investigaciones modernas han demostrado el influjo del factor religioso, por ejemplo, sobre lo político, y que «las ideas y las creencias, y no sólo los intereses, pueden movilizar fuerzas reales. Pero también el afán de poder, el prestigio y el *challenge* o desafío, en el sentido de Toynbee, son motores de la historia. La importancia histórica de los actos individuales es innegable». Negarlo, y reducir la dialéctica a un mero juego de intereses, sería ciertamente propio de un marxismo muy vulgar, sobre todo cuando, con palabras de Lukács, «no es el predominio de los motivos económicos en la explicación de

la historia lo que distingue de manera decisiva el marxismo de la ciencia burguesa, sino el punto de vista de la *totalidad*». Si se tiene en cuenta que Aranguren no alude a ningún otro marxismo «no vulgar» a continuación, sus reflexiones en este punto resultan, cuando menos, incompletas.

Comienza el recorrido histórico con la Ilustración, creadora de una nueva mentalidad, en la que una serie de nuevos valores, entre los que sobresalen el bienestar, la riqueza—basada en el trabajo—, la utilidad o la educación, frente a la antigua moral del honor, el privilegio y un cristianismo «de Reconquista, Cruzada y Contrarreforma». El esfuerzo ilustrado fue una dramática carrera contra reloj, intentando realizar en unos decenios la labor de siglos e impedir la inminente explosión revolucionaria. Fue un movimiento de transición y su postura reformista era, en definitiva, limitada, pretendiendo libertad y desarrollo en el terreno económico, pero no en el político, pues ello supondría dar paso a la nueva fuerza ascendente: la burguesía. Inconsecuente con su propia ideología y sin base social fuerte, esta postura de compromiso fracasó.

Aranguren estudia el momento político de Cádiz a través de Jovellanos, interpretado de un modo muy liberal. Ve la Constitución como un primer «gesto romántico» de un puñado de españoles que no «podían estar en aquella época realmente interesados en una profunda revolución burguesa, cuando ni existía previamente una burguesía pujante (salvo en Cádiz y Barcelona), ni, por tanto, la forma burguesa de vida». Es la tesis conocida de Marx o Ramos Oliveira, expresada con cierta radicalidad.

Con el regreso de Fernando VII se instaura «el absolutismo más odioso, más cerrado al mundo moderno, más ignaro y más cruel»; un «vergonzoso régimen», falto de fundamento intelectual, con el que además se inaugura, y es lo más lamentable, la alianza del Altar y el Trono, que hace imposible la existencia de un catolicismo liberal, hecho «fatal para España». La presión de los intereses industriales catalanes, el ejército liberal y las sociedades secretas, van obligando a liberalizar la situación.

El Romanticismo aparece como expresión de una crisis de reajuste ante el nuevo mundo de la revolución política e industrial. Los románticos son esencialmente liberales y favorables al progreso, pero sintiendo la tensión entre el «individuo superior» y la nueva sociedad. Frente a la moral burguesa, el Romanticismo afirma una serie de valores extremistas, subjetivos, y exalta figuras como el conspirador, el bandido, el mendigo, el gitano... Aranguren pasa rápidamente sobre el carlismo, visto también como producto de esta crisis de reajuste

entre la antigua forma de vida y las exigencias de la nueva sociedad, y señala su significado equívoco: «tradicional, absolutista, clerical y agrario; y foral, es decir, apegado a sus medievales usos y privilegios, pero sin una clara visión descentralizadora».

El estudio de la forma de vida moderada es lo más logrado del libro, junto con el de la Restauración; en general, Aranguren hace un gran estudio de la España conservadora, interesándose menos por la progresista (el partido progresista, concretamente, apenas es mencionado). La desamortización de Mendizábal había proporcionado la base socioeconómica necesaria para la estabilización del régimen constitucional moderado, pues los enriquecidos con el «colosal malbaratamiento» progresista pasaron a apoyar a los moderados. Con el concordato de 1851 y la creación de la Guardia Civil, amparadora del nuevo orden de propiedad, se estabiliza un régimen cuyos valores van a ser el orden, la seguridad y la protección de la propiedad. Comienza el capitalismo financiero, especulador, en Castilla, y se acentúa el ritmo de industrialización en Cataluña. Aquí es importante señalar que Aranguren sigue el enfoque de Vicéns Vives en extremos que, sin pretender infravalorar el peso de Cataluña en la historia de España desde el punto de vista de la creación de una estructura y mentalidad burguesas, nos parecen inaceptables hoy; así, su valoración del proteccionismo, que, llega a decir, fue una «posición ética y a la vez completamente realista, en contraste con la política moderada, central, demasiado miopemente realista, es decir, oportunista, y con la política progresista, demasiado abstractamente ideológica».

En favor de los moderados se anota la reforma administrativa, que, aunque muy centralista, fue el primer intento de construir un aparato estatal moderno y profesionalizado. El régimen moderado, sin embargo, estaba afectado de una falsedad moral esencial: escepticismo, especulación, mercantilización de la vida, corrupción de costumbres privadas, religiosidad oficial, fariseísmo... El moderantismo se desintegra ante el surgimiento de nuevas fuerzas democráticas, ante la irrupción de las masas populares en la vida política, ante el federalismo y el obrerismo. Es lástima que Aranguren no dedique una extensión mayor al estudio del surgimiento del movimiento proletario y su significado; es una de las lagunas más graves del libro, sobre todo teniendo en cuenta que ésta es la fuerza más «real» del siglo XIX, en el sentido de ser la protagonista del hecho histórico esencial del XX.

El moralismo de la democracia revolucionaria se estudia a través de sus reivindicaciones esenciales: abolición de la esclavitud, reforma penitenciaria, preocupación por la situación de las clases trabajadoras y promoción sociocultural de la mujer. Al idealismo revolucionario se opone el «materialismo» de los conservadores, que anteponen a sus

principios cristianos sus intereses económicos; y bajo estas actitudes, dos concepciones de la propiedad y de la economía: una dinámica, industrial, y otra estática, territorial. Todas estas cuestiones son de gran interés, pese a que están expuestas muy a grandes rasgos, dada la poca extensión del trabajo.

La Restauración vive en una atmósfera general de positivismo. Sus rasgos esenciales son: una constitución moderada, el bipartidismo y el caciquismo. Este último era el instrumento ideal para la realización de los ideales canovistas, que se resumen en «positivismo de derechas, salvaguarda del orden establecido o, según la frase de la época, 'defensa de la sociedad'»; «excluida la lucha por una auténtica democracia», éste «era el único recurso que tenía Cánovas para simular una ordenada convivencia civil e impedir así la intromisión del ejército»; pero Aranguren cree que se hubiera debido, y podido, acabar pronto con el caciquismo a través de una adecuada política educativa; cabría plantearse si un régimen que excluía la idea de una auténtica democracia estaba interesado en ello.

En el aspecto pedagógico, Aranguren critica la aspiración de la Iglesia a controlar la enseñanza y el bajo nivel de sus métodos y técnicas. Son muy positivas estas críticas, especialmente viniendo desde un campo tan característicamente católico como el del autor, e igualmente las que hace a la Iglesia por su resuelta alianza con el poder temporal o por su acumulación de riqueza-poder. La preocupación por el catolicismo español, característica también de sus obras anteriores, lleva a Aranguren a una sensata postura crítica, tan alejada de las versiones de la historia de España a que estamos acostumbrados. Es igualmente importante la crítica a figuras como Donoso o, sobre todo, Menéndez Pelayo, y la nueva valoración de la Institución Libre de Enseñanza, el regeneracionismo o el krausismo. De nuevo se observa la falta de alguna alusión a la fe en la cultura y el esfuerzo pedagógico de anarquistas, socialistas y otros grupos.

El trabajo termina—sólo de momento, pues el autor está preparando un segundo volumen, que promete enorme interés, sobre el siglo XX—con el planteamiento, en esbozo, del «problema de España». Como conclusión, hay que decir que todas las críticas que puedan hacerse al trabajo de Aranguren son de detalle: la perspectiva desde la que enfoca la historia española es original, lo que da la medida de su mérito, y, en conjunto, resulta un estudio serio, muy estimable, de una materia en la que hasta el momento era difícil adentrarse con un mínimo rigor.—JOSÉ ALVAREZ JUNCO.